

**VIVENCIAS DE MI
CURSO DE ASPIRANTES
DEFENSA DE COSTA
1956**



por Ignacio Acuña Pantoja
T2 RN I.M.



CURSO CAOR DC 1956



ENTREGA MEDALLA AO IMI. ACUÑA P.

ESCUELA DEFENSA DE COSTA DE LAS SALINAS
Memorias de un Aspirante a Oficial
Año 1956

El Servicio Militar Obligatorio

Corría el año 1953 y como todo joven bien nacido y de clase media chilena de aquella época, cumplí mis 18 años y decidí que tenía que hacer el Servicio Militar. Así que, me inscribí en una pequeña oficina de Reclutamiento que funcionaba en el imponente edificio estilo francés de la Intendencia de Valparaíso frente a la Plaza Sotomayor (y que hoy pertenece a la Armada de Chile).

Como todavía cursaba Humanidades en el Instituto Comercial Francisco Araya Benett de Valparaíso, podía optar a hacer mi Servicio Militar como “Aspirante a Oficial”, algo que sabía, haría una notoria diferencia en el caso.

Más tarde, cuando fui a ver las listas para verificar mi llamado a las filas, leí que había sido llamado al Regimiento Coraceros de Viña del Mar.

Ahora bien, a mí me agrada cabalgar, nunca lo he practicado mucho, sólo en visitas ocasionales al campo y de vacaciones, pero sí sé que aborrezco el olor acre a caballeriza. Y sabía que al ingresar al Coraceros había que vivir entre caballos y caballerizas. Hmm.

Mis compañeros me decían que ésa era una tremenda suerte, pues en verano allí iban hermosas niñas de la sociedad viñamarina a practicar equitación y entonces uno tenía la oportunidad de verlas y alternar con ellas. Hmm..., mi instinto me decía que era mucho sacrificio para tan escasa chance de tal cinematográfica recompensa.

Muy afligido, volví al funcionario de reclutamiento, un señor Forsch o algo así creo que se llamaba, y él me aconsejó que “Aplazara mi Servicio” y el próximo año, temprano, optara a la Armada como yo deseaba. (Sabía de sobra que en la Armada no habría caballerizas ni

caballos que cuidar). Hice todo el papeleo correspondiente, papel oficio, estampillas y, esperé.

A su tiempo apareció la lista: ¡¡me llamaron de la Armada!! ¡¡Hurra!! Sin embargo fui asignado a la Escuela de Defensa de Costa en El Fuerte Vergara de Las Salinas, Viña del Mar. Todavía la cosa era con anclas, embarcaciones y cañones. Siempre me apasionó la mecánica y esto estaba en mi línea.

Reconocimiento de Cuartel

Ese día, a principios de Enero de 1956 en una soleada y brillante mañana, partí muy temprano, ansioso y excitado, a Las Salinas. Salí de la casa de mis padres en Avenida Brasil y subí a una micro Central Bus número 1 que me dejó justo en la playa Las Salinas. Al frente está la subida al Fuerte Vergara. Caminé jadeante ese kilómetro de subida que había desde los dos blancos torreones frente a la playa Las Salinas hasta la Guardia de la Escuela. Me presenté y me dijeron:

-¿Ve esa cancha de tenis allí? Vaya allá y espere.

Cuando entré en el recinto de la cancha, ¡qué veo, Dios mío! Si habrían unos doscientos jóvenes nerviosamente esperando, me miraron con natural desconfianza. Es claro, éramos competidores.

Pronto aparecieron, un oficial y tres suboficiales, muy corteses y caballerosos, pero esgrimían una sonrisita irónica como la de un felino aprontándose a comerse un chiporrito. Recuerdo que un aspirante pajarón había dejado su maletín abandonado en el medio de la amplia cancha. Uno de los sargentos, al ver ese inminente obstáculo, preguntó con toda consideración:

-¿De quién es esa maletita?

-¡Mía señor! dijo el pajarón.

-¡Entonces, por qué no la mueve allá a la sombrita.....!

dijo sonriendo sarcásticamente el sargento,

-.....¡porque si tiene mantequilla, se le podría derretir!!

El sargento hacía gala del absoluto control de su temperamento.

Después de verificar uno por uno nuestras credenciales, nos dieron un corto y militar discurso de bienvenida. Nos advirtieron que el curso era demandante, sacrificado y rígido. En vista de que tenían como ocho veces más candidatos que “chazas” (“Chaza” es el par de ganchos de abordaje donde el tripulante tradicionalmente colgaba su coji para dormir. Pero en este caso lease “cupó”) nos ofrecieron eximirnos del Servicio con “Valer Militar”. O sea, figuraríamos legalmente como habiendo cumplido con el Servicio Militar Obligatorio, sin embargo nadie tomó la oferta, nadie se movió.

Acto seguido comenzaron a considerar casos con algún tipo de problema personal o familiar. Muy pocos salieron.

A continuación nos llevaron a unos largos buses azules que nos estaban esperando y salimos rumbo a Playa Ancha, al Hospital Naval Almirante Neff. Allá, de entrada, nos hicieron quitarnos toda la ropa, quedamos desnudos como gusanos. Había doctores y jóvenes enfermeras por todos lados, todos con cara de palo, pero yo podía ver las caras rojas, como tomates, y ojos asustados de mis compañeros al verse así expuestos ante esas féminas de blanco. Así estuvimos largas horas, corriendo de una sala a otra donde nos auscultaban, preguntaban y anotaban todo. Allí parece que sí eliminaron una gran cantidad de aspirantes, pero todavía quedábamos más de la cuenta. Yo ahí, afortunadamente, pasé raspando por el examen de la visión, ya que me detectaron astigmatismo.

-¿Quieres hacer el Servicio?...porque estás justo en el borde..., me preguntó el doctor.

-Sí doctor, le respondí. Y el “se paletó” y me aprobó los papeles.

Volvimos a la Escuela de Las Salinas y arranchamos. Habíamos pasado una barrera más.

El Examen Sicológico

Esa tarde, los oficiales instructores: Teniente 1º I.M. Hernán Sepúlveda Gore (Cachencho), Teniente 2º Pablo Wunderlich Piderit

y otros menos antiguos, nos informaron que nos someterían a un Examen Sicológico.

Nos fueron llamando de a uno a una sala de clases donde media docena de ellos se habían constituido como un Panel de Jurado, si parecían una Corte Marcial.

Mientras esperaba mi turno en el pasillo, escuchaba a algunos de los candidatos allá adentro recitar, cantar o declamar, algunos en castellano, otros en inglés, aún en francés. ¡Yo escuchaba todo eso y se me apretaba la pajarilla!!

Uno estaba bajo esos ojos de águila desde que aparecía en la puerta y nos hacían avanzar y sentarnos prontamente frente a ellos. Algunos candidatos, de puro nerviosos, cometieron alguna pequeña torpeza, como uno que entró con un cigarrillo, y cuando le increparon por ello, levantó un pie y apagó el pucho en la suela del zapato y se echó el pucho al bolsillo, esos así fueron eliminados ahí de entrada. Uno se sentía como un acusado, era muy atemorizante y estresante.

Cuando me tocó a mí, me serené y entré lo más natural que pude simular. Comenzaron a hacerme preguntas muy personales, ¡era un campo minado! Y felizmente las sorteé todas bastante bien. De pronto quisieron descolocarme:

-Ignacio, ¿tienes novia?

-Sí, mi teniente.

-¿Es bonita ella? Descríbemela. Y la describí:

-Es rubia, de ojos verdes, labios rojos, etc. etc.

-¿Cuánto tiempo que tienes esa novia?

-Hmm... unos cuatro años mi teniente.

-¡Haaa! entonces ya estás casado...! me contestó el oficial y a mi me recorrió un escalofrío por toda la espina dorsal. Pensé, ¿¿Yo casado?? ¡Dios mío!! Logré adrizarme y volver a mi línea de crujía (cuando un buque escorado vuelve a su vertical natural), al poco rato un oficial me dijo:

-Coge esa copa (una alcancía de madera en forma de copa con tapa) y colecta tus votos.

Todos ellos jugaban, entre sus dedos, con unas chauchitas marcadas con números blancos, y yo hube de presentarles la copa a cada uno de ellos, quienes sonriendo, introducían su monedita, (obviamente se estaban divirtiendo de lo lindo con nosotros). Después de esto, me dijeron:

-Abre la copa y cuenta tus votos.

La abrí y, ¡oh sorpresa del joven marino! ¡Tenía puros dieces!! ¡Debo haber puesto una cara de tajada de sandía..., ¡ya estaba adentro! ¡Qué felicidad! Ellos aprobaban con una sonrisa.

Terminado el examen, apareció el Tte. Sepúlveda con un papel tipeado y dijo:

-¡Poner atención! Estos son los elegidos por los dioses, je.... je.... y prosiguió a leer los 25 nombres. Naturalmente hubieron caras de decepcionados, otros, más resignados. ¡Qué diablos, así es la vida!

Una vez que tenían su contingente seleccionado nos hicieron formar en una larga fila de a uno y circular caminando alrededor de la cancha. A medida que caminábamos nos ordenaban por estatura.

Nace la Escuadra Ortiz

Luego nos hicieron numerar del uno al tres. Nos separaron en tres filas y a continuación, el Suboficial presente de más antigüedad, el Sargento 2º Ortiz, un infante con muchas distinciones, bajito, robusto, quemado por el sol, rostro severo, casi oriental, comenzó a seleccionar los que él quería en su fila número uno. Yo felizmente fui seleccionado en su escuadra. La Escuadra Ortiz ("yo soy feliz porque pertenezco a la escuadra Ortiz" decían en broma mis compañeros). Los otros suboficiales se hicieron cargo de sus respectivas Escuadras: la dos y la tres. Desgraciadamente ya no recuerdo los nombres de aquellos suboficiales. Cada uno de ellos tenían además un cabo o artillero de ordenanza que ayudaba al entrenamiento nuestro.

El Material Humano de los Aspirantes

Mucho más tarde me di cuenta que la gran mayoría de mis compañeros estaban relacionados con la Armada, o tenían parientes muy cercanos con altos cargos en el Gobierno. Incluso había uno, Alfonso Vial, cuyo tío era Ministro del Gobierno en funciones, ese llegó con su automóvil Volkswagen escarabajo azul y hasta le permitieron que lo guardara en el garage de la repartición. En el grupo estaba también H. Allard Neumann (más tarde político de prominencia), Alberto Sota Kovacs, Duncan Livingstone, Gustavo Janerette, Aldoney, Iván Surich Aldunate (este era hijo del gerente de la Compañía Frutera Sudamericana donde yo más tarde trabajé en su Departamento de Contabilidad, pero nunca afloró esta conexión), Arturo Skinner, John Prain, los primos Sergio y Alejandro Pinedo, Alvaro Celedón, Enrique Gaggero Péndola (hijo de una prominente familia de Quilpué. Había salido de Rey Feo en la última Fiesta de la Primavera y trajo consigo su motoneta Vespa en la que una vez me llevó a su casa a almorzar y me presentó a su agradable familia). Resumiendo, podría decir que era la creme de la creme.

Ahora bien, yo fui siempre de la Clase Media y mi padre se jactaba de su Servicio Militar y todas las vivas experiencias que ahí había vivido, así que yo no quería ser menos que él, pero me preguntaba: ¿por qué estas familias pudientes envían a sus preciados hijos a hacer el Servicio Militar en la Armada? Más aún, ¿por qué ellos, estos muchachos, no trepidan en sacrificar un Verano aquí en el Cuartel corriendo y trotando todo el día en vez de estar paseando o veraneando plácidamente en algún lugar exótico?

¿Era un sentido del Deber y de la Responsabilidad ciudadana que hoy día ya no existe? Si es así, es una gran pena y una muestra de lo enferma y venida a menos que está nuestra Sociedad actual.

Jamás he puesto en duda el inmenso beneficio que el Servicio Militar entrega al desarrollo de la formación física y mental del joven ciudadano. Es un sello de calidad que lo distinguirá por el resto de su vida.

Una gran mayoría de estos muchachos eran también egresados de los Padres Franceses de Viña del Mar, excepto mi compañero Kovacs que ya cursaba estudios de Ingeniería en la Universidad Católica de Valparaíso. Así que todos ellos ya se conocían entre sí. Sólo habíamos unos pocos que no teníamos ninguna asociación o conexión. Pero yo quedé y eso era lo que contaba para mí. Me di cuenta que estaba en una bien escogida elite y eso me propulsó a esmerarme al máximo y tratar de sacar lo mejor de mí para “no desteñir”, lo cual definitivamente me rindió excelentes frutos.

Los Artilleros de planta

Curiosamente observé que los artilleros y suboficiales de planta, fuera de las horas de servicio, nos trataron desde un comienzo, con mucha camaradería. Nos llamaban “chiporro” y nos ayudaban voluntariamente y de muy buen agrado, en todo lo que ellos podían para asimilarnos a la vida militar. Por ejemplo, nos enseñaron a fabricarnos una tablita especial, tenía un ojo y una ranura, para limpiar los muchos botones dorados de nuestros uniformes. También nos enseñaron a usar una mezcla de creta, alcohol y agua para pulir esos botones empleando un cepillo de dientes usado. Nos “amantillaban” las gorras y enseñaban cómo cambiar y limpiar las fundas blancas, lo mismo esos “maquinosos” cuellos plásticos, y así, un montón de otros pequeños trucos y consejos que nos hacían la vida más llevadera en uniforme. También nos proporcionaban clavos, tornillos, una aguja, hilo negro y todas esas cosas así para reparar o mejor mantener nuestros efectos personales en nuestras cajoneras. Una verdadera camaradería. Yo les admiraba el orden y la limpieza que exhibían en sus cajas navales.

El duro mes de Recluta

Apenas nos cortaron el pelo a lo cadete (abajo esos impresionantes rulos rubios de algunos), nos hicieron vestir los uniformes caquis, coscachos y los burdos bototos con defensas de bronce y toperoles, nos asignaron el Cuartel, literas, nos equiparon con jarro y plato de fierro enlozado Marina de Chile, servicio, texto (el Manual del Conscripto), equipo y armamento.

Sin embargo todavía éramos los más motes de la Escuela y nos mandaban todos menos el “Estopín”, el perro amigo que merodeaba detrás de las cocinas, y que más tarde nos acompañaría fielmente cuando íbamos de noche a hacer guardia a la venerable Batería Krupp de 280mm. En la arena no se escuchaban los pasos, así que había que llevarse al Estopín y así cuando uno estaba dormitando y alguien se acercaba, el perro gruñía y uno se alertaba, ponía el fusil en ristre y gritaba: “¡Alto ahí! ¡Quién vive! ¡Santo y Señal!” (El tradicional santo y seña era: Gloria – Victoria)

Por lo demás yo me llevaba las dos cartucheras frontales llenas de galletas y no quería que me sorprendieran con la boca llena. Otros fumaban y otros hasta se pegaban su corto “tuto”, pero ojo, había que tener mucho cuidado para eso, pues a esos capotes de paño de lana azul oscuro se les pegaba toda la hojarasca y quedaba toda esa evidencia pegada en la espalda, detalle que no pasaba desapercibido para los agudos ojos del oficial de guardia en frente de uno. Ahí no te salvaba ni el fiel Estopín.

Sólo un aspirante una noche tomó detenidos a dos “extraños”, resultó ser una joven pareja de enamorados que sin saber, escalaron la duna desde el camino pavimentado abajo para buscar privacidad y de pronto se encontraron en el engorroso fiasco de estar en “Recinto Militar”. No sé cómo terminó eso. Pero causó nutridos comentarios entre nosotros.

Reclutas Acuartelados

Pasaba el duro primer mes (lo peor de todo el curso), estábamos confinados al cuartel sin poder salir francos. Los fines de semana, cerca de la Guardia, esperábamos ansiosos las visitas de nuestros familiares, amigos y hasta la polola. Yo veía desfilar los flamantes autos de los padres y familiares de mis compañeros que venían a ver a sus retoños, ahora, orgullosos soldaditos, y les traían grandes paquetes con ropita lavada y planchadita, golosinas, tortas, cigarrillos y otros obsequios. Más tarde compartíamos todo eso en nuestro cuartel, pues no había dónde guardar o conservar nada. Nos

hartábamos comiendo tortas, queques, etc. como trogloditas así con la mano no más.

Una vez una tía anciana que yo tenía, en toda su santa inocencia, se le ocurrió enviarme, entre otras cosas, una botellita en miniatura de licor. Yo no bebía y sin saber qué hacer con ella, la puse en un rincón de mi cajonera, el único lugar privado que teníamos. Estúpido error.

Pronto vino una “¡Revista de Cajoneras!” La mía estaba “impeque” y ya cantaba gloria cuando el agudo ojo del oficial descubrió la botellita. ¡Demonios! ¡Si no ardió Troya!! Me salvé sólo, porque obviamente la botellita estaba todavía sellada y por mis convincentes explicaciones.

Bajo El Régimen Escuela

El rígido Régimen Escuela de los Infantes de Marina se hizo notar rápidamente: Diana a las 5 AM. ¡Alza arriba!!! ¡Y a las duchas!! Era el enérgico grito del sargento y hacía sonar su estridente pito al tropel de patas peladas corriendo a las duchas heladas, unas potentes cascadas de agua que caían desde ambos lados de un pasadizo totalmente embaldosado. Algunos aspirantes trataron de capearle al agua fría deslizándose muy apegados a las baldosas de la pared sólo para encontrarse con el sargento a la otra punta esperándolos para mandarlos de vuelta. No había truco que nuestros sargentos no se supieran. Luego vestirse y amantillar las literas, calistenia en la cancha de basketball, formar, desayuno, formar, siempre al trote, luego a la Cancha de Obstáculos, allí brincando, colgándose y saltando barreras “como mono en una cuadra de parrón” hasta las 8 AM.

La Cancha de Obstáculos

Era impresionante de sólo mirarla. A un costado tenía apostado un letrero con nombres, fechas y records pintados de infantes de marina que se habían distinguido en ese evento. Ellos, los infantes de marina, lo hacían con casco, mochila y equipo. Nosotros sólo de tenida caqui y así, apenas. Para nosotros recién iniciados, si

llegábamos vivos al final ya nos dábamos por satisfechos. Si uno fallaba en algún obstáculo debía repetirlo. Para mí el más difícil era subir corriendo por una vara horizontal ligeramente aplanada en el tope y sobre estacas de unos 80 cms. de alto. Las benditas estacas estaban sueltas y se tambaleaban y ese movimiento lateral me hacía caer. Había que desarrollar una técnica, me costó, pero lo logré.

Sin embargo la parte más difícil, para muchos, estaba al final: varias estructuras en forma de "X" hechas con gruesos troncos de eucaliptos soportaban varias gruesas espías de buque paralelas que ascendían, como catenarias, desde la altura de la cabeza hasta unos cuatro metros de altura, pasaban sobre un tronco horizontal y descendían abruptamente a tierra. El soldado saltaba y se colgaba con las manos y se cimbraba hasta enganchar las piernas y entonces ascendía boca arriba (todo esto después de saltar y arrastrarse por toda la cancha). Al llegar al tope debía descolgar las piernas, cimbrarlas y colgarse de la sección descendente, después cambiaba las manos a esa espía y se descolgaba.

Recuerdo que el aspirante Miguel Allende (un estudiante de leyes) buen físico, moreno, pero muy descoordinado, siempre se quedaba atascado allá arriba y los instructores le animaban y gritaban instrucciones. Un día todo falló y Allende cayó pesadamente de espaldas en la arena. Pude ver su cara de dolor. Rápidamente fue llevado a la Enfermería y no recuerdo haberlo visto otra vez. De todos modos era evidente que el pobre no tenía mucha aptitud militar. Cuando practicábamos desfile en la cancha, continuamente se escuchaba allá atrás a su sargento gritando: ¡Allende, Allende, lleve el paso Allende! No se enchufaba nunca. Ojalá que no haya tenido serias consecuencias y, más tarde, ojalá que haya terminado siendo un buen abogado.

La Escuadra de Honor presenta armas al izamiento del pabellón

A las 8 AM la escuadra seleccionada el día anterior formaba para ir a rendir honores al izamiento de la bandera frente a la Guardia.

El resto de la mañana lo pasábamos en un demoledor ejercicio de manejos prusianos de fusil, desfilar y practicando saludos militares,

esparcidos uniformemente en medio de una inmensa y asoleada cancha de tierra. Ahí los castigos eran darle vueltas a la cancha al trote ¡y con fusil! Muchos vivarachos al pasar trotando cerca de unas casamatas que había, se escondían ahí detrás, pero el avisgado sargento de pronto hacía parar el pelotón y formar y quedaban esos “vivos” atrapados en sus escondites. Nosotros volvíamos a nuestra rutina mientras ellos trotaban y trotaban sudorosos alrededor de la cancha.

Todas las mañanas, después de varias horas de agotadora práctica de manejos con el fusil, aparecía el teniente Wunderlich. Nos hacían formar, el suboficial daba parte y el teniente nos saludaba y ofrecía salir a justicia a ventilar algún problema. Nunca vi algún aspirante que se atreviera a reclamar por algo.

Salvo una vez que uno osó objetar algo sobre el rancho, el teniente sorprendido preguntó:

-¿Acaso que no les dan suficiente rancho y no es de buena calidad?

Y un aspirante gordito, medio rubio, se apresuró a exclamar:

-¡Todo es exquisito y abundante mi comandante! Hubo una risa general y después nos burlamos del gordito por un buen tiempo.

Inmediatamente después nos hacían formar en rectángulo alrededor del teniente que nos ordenaba enérgico:

-¡Manejos! ¡Atención ...Fiiiiir!! y tras observarnos unos instantes severamente, agregaba:

-¡Qué se mueven liceanas!

Invariablemente, el primer manejo al hombro, no importaba cómo lo hiciéramos, no le agradaba para nada y nos amonestaba severamente. Al segundo hacíamos crujir el fusil sobre nuestra clavícula. ¡Chas! ¡Chas! ¡Chas! y mi teniente exclamaba: ¡Eso ya está un poco mejor!!

Nos esforzábamos al máximo, pues la Escuadra que se distinguía tenía el honor de rendir honores al izamiento de la bandera a la mañana siguiente. Debo confesar que, ocho de cada diez veces nuestra Escuadra, la número uno, salía elegida. Y, cuando durante

estas pruebas alguno de nosotros cometía algún tonto error que echaba a perder la presentación, nuestro sargento Ortiz, muy molesto, lo amenazaba con transbordarlo a la Escuadra Dos. ¡Qué denigrante, no había margen para errores! Estos infantes de marina vivían haciéndonos competir y exigiéndonos al máximo. No había tregua. Aparentemente pareciera que nos trataban “a la baqueta” (en forma ruda, indiferente y hasta cruel), pero no era tal, creo que lo hacían más bien para que nos “fraguáramos” y acostumbráramos a valernos solos, por si mismos, lejos de la mullida protección paternal. Que nos hiciéramos “hombrecitos” y eso lo lograron y les estoy muy agradecido por ello.

Cuando estábamos formados y a uno le molestaba algo, una picazón, le apretaba la gorra, una mosca revoloteando, etc. etc., debía gritar:

-Permiso mi sargento para levantar la mano.

Y por lo general la respuesta era:

-¡Negativa! ¡El soldado tiene que aprender a no dejarse distraer por alguna pequeñez! ¡Algún día su vida va a depender de ello!

(Hmmm, trate de decirle esto a un soldado moderno actual....)

Un día amanecí con un fuerte dolor de cabeza, sentía mis sienes palpar. Al formar en la mañana levanté el brazo y le pedí permiso a mi suboficial para abandonar la fila.

-¿Qué le sucede? me preguntó:

-Me duele la cabeza mi sargento, le respondí.

-¡Negativa! me gritó.

No comprendía su reacción. ¡Chitas que me sentí desgraciado! En rebeldía, de adrede me puse a hacer tonteras: no llevaba el paso, me demoraba en las conversiones, etc. Extrañamente el sargento ignoró intencionalmente todo eso, ni me castigó ni me llamó la atención. Yo estaba totalmente sorprendido.

Durante la mañana desapareció mi dolor de cabeza y volvió todo a lo normal. Cuando al final de la mañana apareció el teniente Wunderlich, el sargento reportó:

- Forman 25 aspirantes mi teniente, uno con parte de enfermo.
 -¿Quién?
 -Aspirante Acuña, mi teniente.
 -Aspirante Acuña, ¿está enfermo?
 -¡Nó, mi teniente!!
 -¿No le dolía la cabeza?
 -¡Negativa mi teniente! constestó el terco aspirante y ahí terminó el asunto. Había aprendido a superar “mis pequeñeces”.

Después del rancho teníamos unos minutos de descanso, era verano en Viña y el calor a veces simplemente acoquinaba, así que nos íbamos a una loma vecina sombreada por pinos, bajo ellos había una gruesa cama de espinas y hojarasca. Ahí corría siempre una brisita agradable. Ahí nos tirábamos y nos relajábamos un rato, era quieto, las voces se sentían lejanas y no se escuchaban los pasos. Un día, agotado, me tendí ahí y me quedé dormido. De pronto me alteró el silencio, no escuchaba voces ni nada, me erguí y estaba totalmente solo. ¡Reflautas!! Corrí a todo lo que daba loma abajo, mis toperoles resbalándose en los caminitos de concreto. Llegué a la cancha y los vi a todos formados. ¡Me dio pánico! ¡Dios mío!! ¡Aquí sí que me va a llegar una grave!, me dije. Sobre la marcha me cuadré jadeante y dije:

-¡Permiso mi Sargento para entrar a la fila!

Me miró muy serio y me gritó:

-¡¡Fila!!

¡Y no me pasó nada! Una vez más me había salvado.

Hasta el día de hoy no me explico por qué a veces nuestros instructores, que eran normalmente tan estrictos y exigentes, me perdonaran pifias como éstas. No creo que haya sido por favoritismo. No lo sé. Nunca lo sabré.

Las Clases Teóricas

Al medio día, Formar, Justicia, Rancho, media hora de descanso, mientras los semaneros lavaban la vajilla y limpiaban el comedor. Inmediatamente después, clases teóricas a cargo del Teniente Pablo Wunderlich. Ahí se enseñaba nomenclatura naval, teoría del tiro,

balística, el nombre de todas las naves de la Armada y sus características, etc. etc. También el severo y sarcástico Teniente Hernan Sepúlveda a veces nos enseñaba Estrategia de Infantería de Marina en el cajón de arena. El cajón de arena era una mesa grande cubierta de una capa de arena, desde los bordes de este cajón corrían lienzas perpendiculares como meridianos y paralelos de un mapa. La arena se moldeaba simulando una costa, con tiza de colores se indicaba el mar, playa, etc. Pequeños cubos y cilindros pintados representaban estructuras: casas, edificios, instalaciones. El oficial enunciaba una situación bélica determinada y enseñaba tácticas indicando con un largo puntero. A veces cambiaba la situación y hacía que un aspirante propusiera soluciones “y ahí comenzaba el material”. Yo encontraba que esos ejercicios eran muy útiles y entretenidos. El agudo sarcasmo del Teniente Sepúlveda lo hacía mucho más.

Como nos levantábamos a las 5 AM y nos hacían correr toda la mañana, después del rancho estábamos cabeceando en la clase, de pronto el Teniente Wunderlich gritaba airado:

-¡Están durmiendo ahí! ¡Alto! ¡Todos de pie! ¡Trotar en su lugar! ¡Subirse a los bancos! ¡Flexiones comenzar!! ¡Salir al patio! ¡Mojarse la cabeza! ¡Firmes!

Salíamos corriendo al baño y volvíamos todos jadeantes y chorreando agua a la clase. Si alguno no estaba bien empapado, lo mandaba de vuelta y volvía el pobre estilando agua.

Recuerdo una vez cuando el Teniente Wunderlich explicaba en la pizarra la parábola del tiro y de pronto se dio vuelta a la clase y dijo: ...porque la bala se enfría ... y viendo a uno medio dormido, apuntándolo con el dedo le preguntó:

-A verrrr ¡Usted! ¿Por qué se enfría la bala?

El otro todo sobresaltado se paró y no hallaba qué decir. Una voz por ahí le sopló: “Porque no lleva poncho de Castilla.” Y el pobre desgraciado lo repitió. Toda la clase se largó a reír, no me acuerdo cuánto castigo le tiró a ese mi teniente.

Se suscitaron algunas otras escenas también muy divertidas. Como cuando el espartano Teniente Sepúlveda (“el infante tiene que tener pachoorra militar” solía decirnos), nos explicaba sobre el desembarco de infantes de marina en la playa. Un aspirante desubicado inocentemente irrumpió:

-¿Y qué sucede si donde desembarcan los infantes está muy hondo?

El teniente Sepúlveda lo miró fulminante, tomó aire y respondió:

-¡Si usted es uno de ellos, aspirante, entonces irán cayendo en ese hoyo hasta que se tape pues, porque yo no me voy a mojar los pies ... pasaré por sobre sus cabezas!!

Y todos tuvimos que contener la risa.

En otra oportunidad, estábamos a campo abierto en una trinchera descansando, apareció el Sargento 1º y comenzó a machacarnos materia:

-Así que en un tanque ¿quiénes van?

Y nos miraba.

-Un chofer... bien... un artillero... bien.... un amunicionador, ayudante del artillero... bien ... (se acababan los tripulantes)... un cobrador.....gritó uno. ¡Ja! ¡ja!

-¿Quién dijo eso?

A ese lo hicieron suspenderse de un gancho bajo carcano y llevar las rodillas al pecho y, cada vez que subía sus rodillas, el sargento le daba un varillazo en su trasero. ¡Qué divertido era ver eso!

En otra ocasión, aún en descanso en las trincheras, el sargento preguntaba:

-¿Qué se lleva en el morral de campaña?

-¡Un mapa! dijo uno, ... bien... ¡una linterna!.... bien ... ¡un lápiz! dijo otro bien ... ¡una goma! dijo otro, y recibió una mirada dudosa del sargento, entonces explicó:¡para borrar las marcas del lápiz!... bien ... ¡un sacapuntas! dijo otro.... ja ja ja... y ése sí que se llevó un castigo!!

A veces nos llevaban arriba al cerro arenoso y cubierto de tupidos eucaliptos y matorrales a practicar maniobras de infantería de marina en terreno. Era una larga caminata así que por lo general,

íbamos en larga fila de a uno, los instructores a la retaguardia y todos en relajada “marcha de camino”. Los tres más altos: Iván Surich y los dos primos Pinedo, por alguna razón, siempre iban discutiendo y molestándose. Esta vez, de pronto, el estrecho sendero terminaba en un inmenso hoyo, a lo menos cuatro metros de diámetro y unos tres de profundidad, lleno de restos vegetales y desperdicios. Los tres grandotes callaron, se detuvieron y miraron hacia atrás al instructor.

-¿Qué miran? Les gritó el sargento.....

-¡Yo no he dado ninguna orden de detenerse, así que sigan marchando!

Y los tres grandotes compungidos saltaron dentro del hoyo, el sargento retuvo el resto que nos teníamos que reír de esta escena y exclamó:

-¡Saquen a esos tontos de ahí!

Y en seguida los amonestó por llevarse discutiendo, distrayéndose y haciendo ruidos innecesarios. “Con soldados como ustedes nunca vamos a ganar ninguna guerra”, les decía. Otra lección bien aprendida.

El infante de marina aprende JUDO

Un día comenzaron a enseñarnos Judo o Defensa Personal. (Les estoy muy agradecido, porque desde entonces siempre me he sentido protegido por ello y aún, en un par de ocasiones, hice muy buen uso de ese conocimiento). Teníamos un buen gimnasio en la Escuela, pero por alguna razón, no teníamos las colchonetas, así que los instructores, para no atrasarnos, decidieron que haríamos los ejercicios en la arena seca de afuera.

Así estuvimos por varias semanas dando volteretas y costaleándonos los unos a los otros sin misericordia. A todos se nos pelaron los codos de tanto golpearlo contra la dura arena.

Cuando estábamos ya bien avanzados, trajeron a un instructor japonés (creo que se llamaba Tanaka) para que nos evaluara. Le hicimos una buena demostración y quedó muy satisfecho. Entonces los sargentos le preguntaron:

-¿Debiéramos entrarlos al gimnasio y a las colchonetas ahora?

-¿Y para qué? exclamó el japonés sonriente....

-....¡Si ustedes ya empezaron con ellos en lo más duro, ahora sigan así!!

Y continuamos así hasta el último día, el de nuestra Graduación, en que hicimos una magnífica presentación de Judo en el regio pasto de la vieja Escuela Naval de Playa Ancha. Además de las volteretas y simulacros de lucha, saltamos sobre una barrera de varios tambores metálicos, cayendo parados. El público muy impresionado nos aplaudió muy calurosamente. (¡Cómo que nó, si todos ellos eran nuestros propios familiares!)

La Revista de Recluta

Por fin llegó el esperado día de la Revista de Recluta. Nos preguntaron con anticipación si vendrían familiares y cuántos serían. Yo naturalmente declaré que vendría mi padre y varios miembros de mi familia. ¡Total vivíamos en el Barrio Almendral de Valparaíso!

El día señalado, todo el Regimiento y nosotros estábamos formados de parada en el inmenso patio; había una sombreada tribuna central con banderas y sillones para las autoridades y apretadas graderías, repletas de público, para el resto.

Yo, formado ahí, desesperadamente buscaba con la vista y mucha preocupación, a mis familiares, pero no los ubicaba. Transpiraba frío. ¿Qué pasó? ¿Dónde están?

Comenzó la solemne Ceremonia, izamiento del pabellón, banda, desfile, discursos, luego el Capellán bendijo los fusiles a los suaves acordes de "La Oración" y acto seguido se procedió a entregar los fusiles. El primero en ser llamado fui yo por ser Acuña. Corrí al frente y me cuadré. Se suponía que mi padre vendría a entregarme el fusil, pero nadie se movió. Hubo un silencio sepulcral. Entre las autoridades oficiales presentes estaba el Director de la Escuela Defensa de Costa Capitán de Fragata señor Fernando Baeza A., vi

que miró a ambos lados y se irguió, con toda pachorra militar, tomó el fusil, lo miró y me lo entregó exclamando:

-¡Aquí tienes hijo, ahora sabes usarlo y es tuyo para defenderte y defender la Patria! ¡Buena suerte!

Y me abrazó.

Cuando ya íbamos en medio de la ceremonia de entrega de fusiles, veo allá atrás del público a mi padre y resto de la familia entrando y tratando de ubicarse. ¡Qué molesto estaba con ellos!

El Espíritu de cuerpo y el espíritu de equipo.

Nuestro grupo ahora ya se había afiatado, éramos todos buenos amigos y reinaba la camaradería. Ya nos conocíamos nuestros puntos fuertes y nuestras debilidades. Mis compañeros habían cambiado notablemente, (yo quizás también, pero no lo notaba en mí), ellos habían perdido todos esos manierismos de “niñitos bien” y actitudes de desgano (los ingleses le llaman “spleen”). Ahora bastaba que tan sólo se escuchara el grito de una orden y todos, como un solo resorte, saltábamos a nuestros pies en posición firme. Ahora actuábamos como soldados y todos nosotros nos sentíamos orgullosos de ello.

Nuestros sargentos instructores eran firmes, enérgicos, pero justos y comprensivos. Siendo que éramos un grupo bastante homogéneo y mis compañeros (que se sabían de alta alcurnia y educados) con mucha confianza en si mismos, no siempre adoptaban la obediencia ciega que demandaba el régimen escuela, pero eran dóciles. Esto provocó que muchas veces hubieran momentos alegres y hasta muy divertidos. Aun los instructores reían de buena gana. No había castigos corporales, pero sí muchas órdenes como: ¡Al trote! ¡Cuerpo a tierra! ¡Alza! ¡Cuerpo a tierra! vueltas a la cancha, flexiones comenzar, saltos de tiburón y no pocas veces su cadenazo (con la cadenita del pito de árbitro que los instructores tenían) a las manos mal puestas en la posición firmes o su varillazo paternal por el trasero si alguno se sobrepasaba de confianzudo. Después estaban los castigos de quedarse sin franco ese fin de semana, algo que

todos temíamos. ¡Cualquier cosa, pero nó quedarse sin franco! Había que ir a la Avenida Perú a lucirse en uniforme con su niña.

A los castigados, los que no salían franco el domingo, se les hacía plantar docas en las muchas dunas que nos rodeaban. A mano pelada, acarreando el agua en el casco. Recuerdo un día de esos, escuché a un sargento:

-Aspirante Vial agarre esa pala y cave un hoyo aquí.

Vial lo miraba espantado, pero obedeció y por lo bajo me decía:

-Esta es la primera vez en mi vida que cojo una pala para trabajar como un gañán.

El se jactaba que su papá tenía cinco fundos y su mamá otros cuatro. ¡Qué dirían “sus viejos” si lo vieran apaleando arena.....!!!

Los muchos perros que merodeaban detrás de la cocina, esparcían huesos por todo el lugar. Nosotros, los castigados, debíamos recoger esos huesos, botar los huesos en una huesera (que era un profundo hoyo en una duna cercana) y dejar el campo limpio y presentable.

Otras veces nos mandaron a asear y amantillar (amantillar en la Armada es arreglar, componer, hacer presentable) completamente un salón o living-room que servía para recibir a nuestras visitas.

La recogida de franco era el Domingo a las doce de la noche y, naturalmente, muchos aspirantes se “maquineaban” al regresar. La Guardia, como era de esperarse, los reportaba y ese próximo lunes en la mañana enfrentaban al severo Teniente Wunderlich. Era tragicómico estar formados ahí y escuchar diálogos como este:

-¡Aspirante tal, usted se recogió tarde anoche!

-Nó, mi teniente.

-¿Cómo? ¿Usted dice que yo estoy mintiendo?

y los claros ojos del teniente, a unos escasos centímetros de la cara, atravesaban al aspirante.

-Nó, no mi teniente, pero mi reloj marcaba correcto.

-¿Su reloj? Así que el Material de la Armada es entonces una basura?

El aspirante aún más turbado:

-N-n-no.. m-m-mi teniente - rojo como una brasa, le corrían las gotitas de sudor....

-...Mi reloj estaba atrasado.

-¡O sea que usted llegó tarde!!

-S-s ..Sí mi teniente.

-¡Bien! ¡Ordenanza, anótelo castigado!! Necesitamos carne para hacer faenas!!

Cuando salíamos franco nos tenían prohibido vestarnos de civil. Pero uno más osado lo hizo y se fue al Casino de Viña del Mar con su niña, estaba de lo mejor bailando “cheek to cheek” cuando sintió que por atrás alguien le tocó la nuca diciendo: “¡Reconozco esta peladita!” tornó la cabeza y se encontró, cara a cara, con uno de los oficiales instructores. El benevolente oficial tranquilizó la cara de pánico del aspirante con un paternal guiño de ojo.

En otra ocasión, un día lunes por la mañana, apareció el severo teniente Wunderlich frente a la formación.

-¡Aspirante.... (nombre)....!

-¡Firme mi teniente!

-¡Usted ayer se paseó por la Avenida Perú!

-¡Sí mi teniente, pero yo lo saludé mi teniente!

-¡Sí aspirante, pero anótese castigado por andar usando una camisa de color, alcancé a ver un puño celeste!!

Al pobre aspirante, seguramente en su casa le echaron su camisa de uniforme al lavado y para no perderse el franco salió con una camisa celeste, bastó un rápido saludo y mi teniente “lo cachó”.

Nuestro primer tiro con fusil

Recuerdo vívidamente nuestro primer tiro con fusil. Yo por suerte que en el liceo había tenido de amigos a unos mellizos españoles, los Ibaseta, Pedro y Luis, que eran muy aficionados a la caza y a las armas de fuego. Su familia tenía la Barraca Ibaseta en Avenida Argentina. Ellos me invitaron una vez a disparar con un Mauser al polígono del Estadio Español en Recreo. De modo que ya sabía lo que “culateaban” esos fusiles. (“Culatazo” el duro golpe de retroceso en el hombro de la culata del fusil al salir el disparo). Pero había aspirantes que

jamás se habían visto empuñando un fusil y ésta fue una experiencia muy fuerte y muy dramática para ellos. Nunca lo hubiera creído.

Estábamos una soleada mañana, tendidos bajo unos pinos y sobre el acantilado que, por sobre el camino a Concón pavimentado, da al roquerío. Ya habíamos sido instruidos de toda la teoría y practicado en seco muchas veces. Nos entregaron un carril de balas de guerra y nos hicieron cargarlas en nuestros Styer. Hasta ahí todo iba bien. Pero cuando llegó la orden de disparar, de a uno por uno, hubieron un par de aspirantes que simplemente se quebraron, se estremecían todo, uno sollozaba y yo veía que cerraba sus ojos y sus manos le temblaban. Los instructores trataban de calmarlos y convencerlos que oprimieran el disparador calmadamente, pero los pobres simplemente no podían. Con mucha paciencia y serenidad los instructores lograron al fin que superaran esa prueba y dispararan. Después de eso nunca más vi algún problema en la Cancha de Tiro.

Para mí ver ese cuadro fue una gran revelación. No me lo imaginaba. Y después alguien se pregunta: ¿Para qué hacer el Servicio Militar? ¿Es necesario? Si llega el momento crucial de tener que ir a defender la Patria de un enemigo, ya es muy tarde para ponerse recién a entrenar a un verde batallón de paisanos que sólo saben manejar su elegante y moderno celular. No quiero ni pensar si mañana Chile se ve súbitamente envuelto en un conflicto armado. Se me viene a la mente, en todo su horror y miseria, el desastre argentino de las Islas Falklands: Diez mil muchachos pésimamente preparados, pobremente equipados, atéridos, hambrientos y desmoralizados corriendo a rendirse a los enemigos ingleses para salvar el pellejo. Sé positivamente que desde entonces una gran mayoría de ellos más tarde se han suicidado. La complacencia y equivocada política produce costosos errores.

Instrucción con Armamento Menor

Nos equiparon con un fusil Styer. Tuvimos que memorizar su número de serie. Cantar “Mi fusil y yo.” Nos enseñaron a quererlo. Lo desarmamos y armamos hasta poder hacerlo contra el reloj y vendados. Después de la Revista de Recluta continuamente

practicábamos tiro al blanco con él. Pero por más que practicaba, yo no mejoré mucho en eso. No era mi fuerte.

También nos hicieron trabajar con armas semi-automáticas y ametralladoras como la Thompson, el Garant (nunca me agradó su articulado sistema de cierre) y el M-1 y una variedad de revólveres y pistolas. ¡Disparando con pistola a 50 metros no le hubiese dado ni a un elefante! Así de malo era. Bueno, no podemos ser Mentolatos, buenos para todo. Aún disparé una pistola Olímpica calibre .22.

Instructores y tiradores escogidos nos hicieron impresionantes demostraciones de tiro, efectividad en diversos materiales y tácticas más usadas con estas armas. Pero por sobre todo, aprendí a tenerles su debido respeto a todas las armas de fuego. Como decía mi sargento: “Las armas las carga el diablo y las disparan los tontos”. Otro dicho de mi sargento: “Si los tontos volaran, pasaría nublado”. Cuán cierto es todo esto. Más tarde en mi vida supe de muchas muertes accidentales de civiles con armas de fuego.

La Prueba del Infante de Marina

Finalmente un día nos sacaron arriba a ese bosque, matorrales y dunas para dar nuestro Examen de Infantería de Marina. Ibamos totalmente equipados, con casco, fusil, puñal y cargados de fierros, mochilas y correas a rabiar. Llevábamos hasta balas de guerra.

Nos metieron en una trinchera y nos hacían salir de a uno, cada ciertos minutos, a través de unas alambradas oxidadas con una misión de reconocimiento. Nos avisaron sí, que francotiradores nos dispararían de diversos ángulos. Desde tierra y desde lo alto de los árboles. Efectivamente, apenas uno se movía, se sentía el tableteo de fuego nutrido de las ametralladoras. Aparentemente nos tenían a su merced. De pronto aparecían infantes con una banderola y una banda blanca en el brazo, eran testigos examinadores y nos preguntaban si ubicábamos la dirección de dónde venía el fuego. Como habíamos varios simultáneamente en el campo sorteando obstáculos y fuego enemigo, a mi me era difícil ubicar al tirador

específico que me estaba atacando. El examinador entonces hacía una seña y los francotiradores se revelaban: ¡Ahá! ¡Ahí estaban! Lo que no nos dijeron estos bribones era que, emboscados y camuflados, habían también infantes hostiles a nosotros y ¡dispuestos a matarnos! Tremendos gorilas de soldados con sus caras pintarrajeadas.

Así, de pronto, mientras yo atisbaba entre los matorrales tratando de ubicar el fuego hostil, me cayeron por atrás, me dominaron rápidamente y uno se sentó encima mío poniéndome su cuchillo de asalto en la garganta mientras me interrogaba, el otro me torcía los tobillos y otro me amenazaba de alguna otra forma. Yo daba mi rango y número de serie y no me lograron sacar más. Más tarde el teniente Sepúlveda me criticó diciendo que puse demasiada resistencia y que en un caso real seguramente me habrían ejecutado. ¡Hmmm....!

Hasta ahí llegó mi brillante carrera de Infante de Marina pensé yo. Pero a otros les fue peor. A uno hubo que bajarlo a la Escuela en andarillas, porque le zafaron un tobillo. Otros, por mera casualidad, tuvieron la suerte de descubrir a sus atacantes y hasta podrían haberlos hecho prisioneros (recuerden que andábamos con balas de guerra), pero se confundieron o se paniquearon parece y desperdiciaron su brillante oportunidad. El asunto es que ninguno de nosotros logró llegar al objetivo. (“Mal de muchos consuelo de tontos” diría mi sargento).

Al terminar el día, rutinariamente formábamos en el patio principal con todo el resto del Destacamento. Unas 300 almas. El Oficial de Guardia recibía el parte y saludaba al personal, leía algún documento oficial y procedía a despacharnos a nuestro cuartel.

Los GAMAS

Un día llegaron tres nuevos jóvenes oficiales, todos Guardiamarinas I.M. recién desembarcados de La Esmeralda. Eran odiosamente “apegados al palo” “cortados a pique” como se dice. Uno era de apellido Schuster, bajo, enjuto, moreno y con voz de pito chillona.

Otro se llamaba Acuña, alto y delgado y muy callado, no me acuerdo del nombre del tercero. Tenían casi la edad nuestra. Todas las noches había uno de ellos de guardia y recibían el parte, cuando le tocaba a Schuster, éste terminaba chillando:

-¡Los aspirantes se van cantando la Canción del Artillero!

Mis compañeros para reirse de él imitaban su alto tono de voz y comenzaban cantando a coro: -...Tillero de costa soy, etc. etc., pero él nunca acusó el golpe. Pudo habernos hecho pasar un buen mal rato si lo hubiese querido.

Para hacerse aún más odiosos, estos jóvenes GAMAS continuamente ordenaban ZAFARRANCHO DE INCENDIO.

A veces ya estábamos retirados y se sentía la corneta ta -ta -taa ta -ta -taa.... Acto seguido sonaba el citófono que teníamos cerca y alguien lo atendía y exclamaba:

-¡ZAFARRANCHO DE INCENDIO!

Y salíamos corriendo despavoridos al patio principal a formar. Allí estaba el GAMA reloj en mano y nos amonestaba por la tardanza en formar. Luego distribuía el personal en: escalas, mangueras, hachas, extintores, etc.

Una tarde gritó:

-¡Sitio amagado...el garage celular! (Esa estructura quedaba cuesta arriba y a lo menos cien metros de donde estábamos), en seguida se subió a un jeep y partió para allá para cronometrearnos de nuevo.

El excelente corneta, el artillero Maldonado, tocó a Zafarrancho y salimos todos corriendo cerro arriba en la semioscuridad acarreando hachas, escaleras y extintores. En el camino alguien llevaba uno de esos viejos extintores cónicos de agua y ácido, con todos los sacudones de la carrera se le activó. Sentí un "fizz" y algunos improperios. Miré para atrás y vi la escena más tragicómica que podía imaginar, llegaba a llorar de risa y casi no podía correr más: un aspirante todo "acototado" abrazado a un extintor disparando espuma para todos lados. El aspirante se daba vueltas apuntando

su extintor y los otros le hacían el quite brincando al lado y gritándole:

-¡No lo apuntes para acá, poh!!

Finalmente llegó el pobre acongojado con su extintor vacío al garage, ¿para qué le servía? Sabe Dios.

El rancho Armada

El rancho en la Escuela era magnífico. Nada extraordinario, pero sano, surtido, sabroso y abundante. Tradicionalmente siempre se ha comido bien en las Armadas de todo el mundo. Es un resguardo marineró y la nuestra no era excepción.

A mi siempre me ha gustado la merluza frita. Recuerdo una vez, como a las siete de la tarde, acompañando al oficial de guardia, pasamos revista a la cocina. Inmensa sala, muy limpia llena de enormes equipos, todos impecablemente limpios y muy bien trincados. En una ancha puerta trasera había atracado “de popa” un van blanco de la Pesquera Robinson Crusoe (una industria conservera que funcionaba en El Sauce, al lado de lo que es hoy El Caleuche y donde ahora funciona una repartición de la Armada). Estaban descargando unas tabletas congeladas poco más grandes que una hoja de oficio y de unos 6 centímetros de grueso. Las bajaban en unas cestas y las tiraban resbalando a través del piso embaldosado de amarillo claro. Los cuquis, de blanco, las recogían al final de la sala donde habían unos enormes estanques, tipo lavaplatos, que tenían agua corriente y las tiraban adentro.

-¿Qué es esto? le pregunté al oficial de guardia.

-El rancho de mañana, me contestó parcamente el oficial.

Ahí me vine a dar cuenta que esas eran filetes de merluzas prensadas y congeladas como tablas.

Efectivamente, al otro día me comí el gran patache de mi plato favorito: merluza frita.

Antes de pasar a rancho, tres semaneros formaban con su “gamela” absolutamente “impeque” al frente de la formación de aspirantes. (Las gamelas eran unos grandes depósitos rectangulares de bruñido

metal. En ellos se iba a buscar la comida). El oficial de guardia le pasaba una minuciosa revista a cada gamela, cucharón y demases. Todo debía estar inmaculadamente limpio.

Luego se pasaba ordenada y calladamente a rancho y todos esperaban hasta recibir la orden de sentarse. En medio de la mesa había una pequeña batea de madera “el chute” donde se depositaban huesos, espinas y otros asuntos no comestibles.

En cada mesa de diez, también se sentaba un suboficial, para mantener la disciplina. Esto era relativo, pues por ejemplo cuando por alguna razón queríamos mortificar al semanero de turno, disimuladamente echábamos una cucharada de lentejas o de porotos debajo del plato o del chute y lo aplastábamos, eso multiplicado por varios, molestaría tremendamente al semanero, que tendría que limpiar y fregar todo eso prolijamente más tarde.

Terminado el rancho diario, los semaneros tenían media hora para recoger todos los platos y servicio sucio que se depositaba en la gamela, correr a la cocina y ponerla bajo una de las grandes llaves de agua hirviendo de las enormes marmitas que allí había. Un cocinero esperaba y al grito de: “¡Cuidado chiporro!” le dejaba caer un baldazo de esa agua y vapor, lo cual dejaba todo absolutamente limpio y, una vez drenado, perfectamente seco.

Mientras tanto otro semanero barría la cámara y con un cuchillo levantaba un conocido y conveniente trozo de tabla del piso y tiraba todo por ese hoyo. No había tiempo para ir por la pala y llegar hasta el tacho de la basura. Se trincaba todo y corríamos alcanzando justo a la formación.

Por las mañanas, atéridos, recibíamos el jarro de café hirviendo y el pan e inmediatamente, se escuchaba la orden: ¡Formar!! ¡Salir a formar!! Uno con suerte alcanzaba a beber la mitad del café antes de tener que tirarlo y formar. Desde entonces me acostumbré a comer mis comidas rápidas y quemantes.

A pesar de que el rancho era bueno y abundante, pasábamos con hambre debido a nuestra intensa actividad física. Muchos iban a la cantina y compraban dulces, galletas y chocolates. Yo compraba un tarro de leche condensada y le hacía dos hoyitos que tapaba con palitos de fósforo. Mantenía la lata en mi cajonera y cuando podía, en los descansos, corría ahí y tomaba un sorbito de leche. Habían otros que simplemente fumaban en ese rato.

El asunto de los Jardines y otros menesteres personales

Estábamos todo el día presionados y bajo tal estrés, que no podía hacer mis necesidades biológicas con un poco de tranquilidad. Tomé el hábito de hacerlo después del toque de queda. Una vez todos acostados se apagaban las luces del cuartel y sólo quedaba una luz roja de policía. Varios de nosotros se levantaban sigilosamente e iban al baño, los más a afeitarse con navaja. (En la revista matinal: El teniente escrutinando la cara de los imberbes aspirantes) preguntaba:

-¿Se afeitó?

-Sí, mi teniente.

El teniente:

-¡Hmm..., si tiene dudas ... se afeita nuevamente!

-¡Sí, mi teniente!

Otros como yo, se iban a los W.C. que eran comunes y abiertos. Ahí me sentaba y me tomaba mi tiempo, me ponía a leer tranquilamente un periódico viejo, de pronto una sombra silenciosa pasaba sobre mi, levantaba la vista, era un sargento sonriente vigilando. Uno nunca estaba solo.

Los cinco segundos de circo al acostarse

Nos daban cinco segundos para desvestirnos. Algo simplemente imposible. Cronómetro en mano, el sargento verificaba que todos estuviéramos al pie de nuestras literas en posición de descanso, con las manos atrás. Nos chequeaba a todos y gritaba: -¡¡Ya!! y todos frenéticos comenzábamos una carrera contra el reloj. Había que quitarse el uniforme, doblarlo a los pies y dejar los bototos pegaditos a las patas de la litera. ¡Todo eso en cinco segundos!

Como era un imposible y el sargento debía saberlo mejor que nadie, había que hacer pillerías, el truco estaba en no dejarse pillar por el sargento. No sé qué métodos usaban los otros, pero yo me diseñé uno que me funcionaba. Yo dormía en la litera de arriba, abajo estaba el colorín Livingstone. Así que estaba un poco más protegido por la altura. Me había agrandado los ojales del cuello de la camisa y los de los puños, de modo que de un tirón se desabotonaran, luego previamente me había soltado los cordones de los bototos, pero que no se notara. A la voz de ¡YA! me desabotonaba el cuello y los puños, me tiraba la camisa por sobre la cabeza y la doblaba a los pies, me removía los bototos, los apegaba y saltaba debajo de las tapas de la litera con los pantalones y medias todavía puestos. ¡Alto! Gritaba el sargento, y todos parábamos. Era divertido a veces ver a un aspirante desnudo congelado en posición de brinco a su litera superior. Sus genitales todavía pendulando.

El sargento pasaba revista indicándole a cada uno: ¡Vístase!, a ese otro, ¡Acuéstese! Los que se vestían, debían hacer todo de nuevo en cinco segundos. Algunos nunca lo lograban y entonces debían cumplir castigo, flexiones, trote allá afuera en la cancha de basketball, etc.

Una vez que apagaban las luces, yo disimuladamente me removía los pantalones y los ponía a los pies.

Todo anduvo bien por semanas hasta que un día Livingstone accidentalmente golpeó mis bototos y los desarregló. Pasó el sargento y dijo:

-¿De quién son estos?

-¡Míos, mi Sargento! le dije.

-¡Bájese y arréglelos!

Al bajarme, quedó en descubierto mi truco y esa noche me fui de muchas flexiones y en cada una un varillazo en el trasero entre las risas de todos mis camaradas. ¡Que no siempre se gana, así es la entera vida!

Práctica de boga

Una vez nos llevaron al Molo de Abrigo a practicar boga en tres chalupas. Cuando llegamos allá ya estaban en el agua. Nos embarcamos y bogamos plácidamente al extremo del Molo, bogamos alrededor de la punta y llegamos hasta la Playa de San Mateo por afuera mientras nuestros instructores nos enseñaban y hacían practicar todas las maniobras de boga: Armar, desarmar, Boga de Almirante, Zafa, Galeras, etc. etc. Una vez allí, nos alinearon e hicieron correr una regata hasta el punto de origen en la poza. La tripulación de la chalupa ganadora desembarcaría y se iría directo a las duchas y francos. Las otras dos, se quedarían a sacar las embarcaciones del agua, lavarlas y guardarlas en sus calzos. ¡Cómo bogamos esa vez! Desesperados le pegábamos en la espalda, con nuestras coyunturas, al boga de adelante. ¡Lo siento, no había tiempo que perder! Volaban por lo bajo las profanidades. A no pocos se los tragaba el lobo (cuando se te clava la pala) y había que zafarla y rescatarla. Los patrones de bote gritando desaforados. ¡A -unaaa! ¡A -unaaa! La nuestra iba adelante, pero yo miraba al costado y veía la proa de una chalupa avanzando, ganándonos terreno y yo más brío le ponía a mis paladas. Ganamos, pero por muy poco. Honestamente, si el tramo hubiese sido un poco más largo, creo que habríamos perdido. Yo terminé con ampollas en las palmas de mis dos manos. Pero fue una experiencia única.

Aprendiendo a ejecutar el Mando

A veces las cosas que aparentemente se ven más sencillas son las más difíciles. Un día nos pusieron a practicar órdenes, movimientos de desfile y presentación. Así nos fueron sacando de uno por uno al frente de las tres escuadras de Aspirantes y en un patio estrecho nos pedían mover, desfilar y encajonar el escuadrón.

Parece lo más fácil, pero además del conocimiento de las órdenes y maniobras, se requiere una gran concentración y sincronización para dar las órdenes precisas oportunamente y encajonar la tropa donde se le pidió. A varios se les venía la tropa encima y nosotros, a propósito nos apurábamos para ponerlo en más apuros. Los

instructores miraban y se sonreían de verlos todos “maquineados”. Eran las penas del aprendizaje de llegar a ser un oficial.

Nota.- Un par de años más tarde, estando en un curso en el Regimiento Sargento Aldea de Talcahuano, hubieron elecciones públicas y por ser Verano no tenían suficiente personal de oficiales así que usaron los seis aspirantes de abordo, nosotros. Nos asignaron, a cada uno, una escuadra de tropa totalmente armada y equipada y nos llevaron a un liceo local de mujeres a mantener el orden. Mantener el orden dentro de un agitado panal de abejas airadas habría sido mucho mas fácil. ¡Que día más largo aquel! Ahí hube de emplear toda la instrucción recibida en la Escuela.

Había habido un terremoto recientemente y ese edificio, aunque nuevo, había quedado parcialmente dañado y no tenía electricidad, de modo que al anochecer todos se alumbraban con velas, esto hizo que el recuento de votos y cerradas de las mesas fuera extremadamente lento y dificultoso e hizo que se extendiera hasta tarde en la noche. Por alguna razón, y esto nunca falla, al momento de volver al Cuartel también nos falló el transporte motorizado designado y por lo tanto, a pesar de lo agotados que estábamos, hubimos de marchar hasta el Regimiento, una larga marcha. Llegamos casi a media noche. Antes de entrar al Regimiento, el oficial ordenó:

-¡Alto la cabeza! ¡Arreglarse el equipo y componer las filas! y entramos cantando a todo pulmón y con brío el Himno del Artillero. ¡Qué noche aquella! Son experiencias que quedan indelebles en nuestras mentes.

De vuelta con mis historias en la Escuela de Defensa de Costa. Todos los días cuando íbamos a la Armería a guardar los fusiles, entrábamos formados a un pequeño patio, nos ponían a discreción, aprestábamos el equipo y acto seguido, rutinamente, el sargento ordenaba: ¡Firmes! ¡A la DE - RRE! ¡Guardar el equipo! Pero a veces y a propósito, ordenaba: ¡A la IZ - QUIER!! Y algunos aspirantes giraban a la izquierda y otros a la derecha como debía ser. Quedaba el “total yepo” (Yepo es una bola de culebras que se forman al aparearse. Yepo en la Armada es “confusión”, “revoltijo”) y el sargento nos increpaba: ¡Amaestrados! ¡Amaestrados! No se concentran en lo que se les ordena. Así recorriamos la penosa curva del aprendizaje.

ARTILLERIA

La vieja Bateria Krupp de 280 mm

Todavía nos instruían en el manejo y desarme de esos monumentales e impresionantes viejos cañones Krupp de la Bateria. Recuerdo al Suboficial Sanz a cargo, él era un experto en ellos, jamás escuché de algo que él no supiera. Una vez se encaramó ágilmente a un cañón y abrió una pequeña valvulita de drenaje, un claro líquido viscoso comenzó a chorrear.

-¿Qué es esto? preguntó.

-Aceite de los cilindros de retroceso mi suboficial, contestamos confiados.

-¡Negativa!, dijo y mojando su dedo índice se lo chupó:

-¡Es pura glicerina ...hmm...dulcecita!!

Jamás se me olvidó ese detalle.

A él también le agradaba pescar en su tiempo libre desde las rocas allá abajo, y en los descansos bastaba hacerle un par de preguntas sobre esa materia y con tremendo entusiasmo se explayaba en detalles como una brillante enciclopedia. Era un viejito muy querido.

Artillería AntiAérea

Todo un mes nos llevaron a terreno a clases de artillería. Había cañones antiaéreos que no eran muy difíciles de operar, tenían la granada y la carga unidas en una vainilla de bronce. Tenían un cierre muy rápido y, necesitaban un sirviente amunicionador que usando una llave especial, ajustara la espoleta de tiempo de cada granada antes de dispararla. Nunca disparamos esas piezas. Pero tenían un Director de Tiro, que era un cubo del tamaño de un refrigerador, lleno de diales y manivelas que dirigía y apuntaba todos los cañones AA y ese había que aprendérselo de memoria. ¡Qué chiflota!

En las noches, Kovacs, que era el más mateo del grupo, tenía su litera cerca de la mía, y cuando el cuartelero apagaba las luces, él comenzaba a llamarme en voz baja y a preguntarme qué dial era

para qué y dónde quedaba. De pronto el cuartelero escuchaba y nos hacía callar. Con su insistencia, Kovacs me hacía estudiar más de la cuenta. Me empujaba a ser mateo también.

Otros comenzaban a sacar dulces y galletas y se sentía sonar el papel, como en los cines. El cuartelero les gritaba: “A ver esos *ratoncitos* ahí, si pillo a uno lo sacaré a trotar afuera.” Y el ratoncito se callaba.

Una noche apenas el sargento ordenó:

-¡Cuartelero apague las luces! se hizo sentir un sonoro pedo. El sargento gritó:

-¡Cuartelero, encienda las luces! ¿Quién fue?

Nadie se movió.

-¡Todo el mundo a sus pies, al trote maaar!! ¡A la cancha de basketball!!

Salimos todos corriendo a pie pelado y en paños menores. Los perros sorprendidos nos ladraban. Después de unos minutos:

-¡Alto la cabeza! ¡Que salga el gracioso!

Nadie dijo nada. Otra media hora de trote en la cancha. Felizmente el “gaseoso” aprendió su lección y nunca más pasó ese evento.

Los Cañones Schneider-Putteaux 155 mm

Pero nuestro principal objetivo era practicar operando los dos cañones de 155 mm Schneider-Putteaux de la Batería Motorizada. Eran unos pesados cañones movibles (equipados con dos grandes ruedas neumáticas, unas pesadas piernas que se apostaban en ángulo y se aseguraban con grandes zapatas), originalmente franceses, modificados por los americanos y que habían sido las vedettes en la Guerra de Corea.

Ahí estábamos diariamente hasta las 5 PM. Luego a ducharse, terminábamos con arena en cada rincón del cuerpo.

El Sargento 1º que nos supervisaba tenía por costumbre, al final de la jornada, cuando estábamos exhaustos y transpirados, hacer parar la faena y decir:

-¡Alto!! Todos correr a las duchas....(era cuesta arriba en esas dunas)

-el que quede atrás de mí, guardará y trincará todo!

Y acto seguido salía corriendo duna arriba con el pito en la boca. Yo corría como que mi vida dependía de ello tratando de estar delante de él. Al llegar arriba abría sus brazos, piteaba y decía:

-¡Todos ustedes (los de arriba) a ducharse, ustedes, los de abajo, devuélvanse a trincar todo el material!

Por suerte nunca me tocó trincar el material.

Después de las duchas: Formar, Rancho, Retirada y a la litera hasta el próximo día. Estábamos cansados, quemados por el sol y adoloridos de tanto golpearse el hombro con el fusil Styer. Y sobre todo, correr, correr y correr. Todo el día pasábamos corriendo dunas arriba y dunas abajo. ¡Qué verano aquél!

Así trabajamos un entero mes en los cañones Schneider-Putteaux hasta que logramos, en forma simulada, dispararlos cada cinco segundos como nos exigían. Creo que éramos ocho sirvientes por cañón, el resto trabajaba en la C.I.C. (Central de Informaciones de Combate), un cuartucho tipo bunker subterráneo en las cercanías. Adentro había una pantalla de radar, una mesa plotting, muchos instrumentos, teléfono de campaña, binoculares tipo antena, y un largo telémetro naval.

Yo estaba en la dotación del cañón 1, era atacador y me encantaba mi pega. Venían corriendo los dos amunicionadores acarreando su cuna (bandeja) con la pesada granada y la emplazaban mediante un "tetón" en una cavidad en la culata del cañón, mientras hacían esto, yo colocaba la cabeza de bronce de mi pesado atacador en la popa de la granada y apretándola con mis dos manos, la impulsaba con toda mi alma en el ánimo gritando: ¡A-taque!! Debía hacerse con brío para que los anillos de cobre de la granada se incrustaran en las estrías y sellaran el compartimento. Retiraba prontamente mi herramienta y acto seguido, detrás mío, venía el otro sirviente, Enrique Gaggero Péndola, con la carga de propelente, un largo cilindro de seda gris, él deslizaba el saco adentro ¡Carga adentro! ¡Claro! y sacaba prontamente su brazo en alto y el hombre estopín

cerraba rápidamente el pesado mecanismo. Mientras tanto él ya había instalado un estopín fresco en el oído del mecanismo de cierre. Al grito de: ¡Cañón número uno cargado listo!! El Jefe de Batería esperaba tener sus dos cañones listos y al próximo bip (cada 5 segundos) gritaba: ¡Batería Fue...!!! Cada jefe de pieza tiraba su “rabiza” (Pequeña piola con un mosquetón - gancho de seguridad - en un extremo con que se actuaba el percutor) y ¡kabum!! salía el disparo. Nuestro sargento se paraba atrás en un rincón y observaba toda la maniobra tomando cuidadosas notas de todo aquello.

Usábamos una granada de madera con guarniciones de bronce, una vez la metíamos, a la otra la sacábamos. Pero a veces, de usada y machucada, se atascaba adentro del ánima y era un lío removerla.

Una semana antes del tiro final, instalamos un pequeño cañón de práctica encima del cañón y disparamos unos proyectiles pequeños. Fue novedoso pero no pude ver la practicalidad del asunto.

Poco antes del tiro final, hicimos un ejercicio con granadas reales de ejercicio (de acero sólido). Los cañones estaban emplazados en excavaciones arenosas apuntados al mar. Estaban cubiertos malamente con un enramado seco. Nuestro hombre de la rabiza era Iván Surich Aldunate - hijo del gerente de la Compañía Frutera Sudamericana de Valparaíso - alto y flaco, debe haber medido a lo menos 1.80 m. Ese día se mostraba muy nervioso. Revisamos y repasamos toda la maniobra varias veces. De pronto apareció, allá lejos en el mar, un remolcador de la Armada tirando un blanco, como a cinco millas mar adentro. Sólo veíamos su silueta.

Se dio la orden de ¡Cargar! Con la tremenda práctica de todo un mes, todos nos movíamos con precisión y presteza como los dedos de una mano. ¡Cañón uno cargado listo! Absoluto silencio. Nadie conversaba o hacía ruidos innecesarios. Ahora teníamos varios suboficiales instructores detrás de nosotros. Sólo el bip del timer rompía el silencio: bip-bip-bip-bip-bip... biiiiip.

Pasaron segundos que parecieron eternos, yo veía el cañón que se movía buscando el blanco, el biper sonando impertérrito a cada segundo. De pronto la orden: ¡Fue...!! Surich tiró de la rabiza con tan mala suerte que el mosquetón de ésta se soltó de su calzo. ¡Increíble!! Y no pasó nada, Surich atónito miró con pánico a nuestro Sargento 1º atrás. Este saltó adelante y le gritó encolerizado:

-¡Qué se queda ahí parado... dispárelo con la mano!! y acto seguido Surich le pegó un manotazo al percutor y ¡¡kabuum!!! la tremenda explosión que nunca habíamos experimentado hasta entonces. La entera trinchera se llenó de un humo azul con fuerte olor a amoníaco, pelusas llovían por doquier y yo espantado veía la culata del cañón desplazada cerquita mía, como a un metro más atrás. Los cilindros de retroceso silbaban como una furiosa locomotora a vapor. Todo esto en un instante. Quise moverme y no podía. ¡Jesús! ¿Qué me sucede? Miro mi pierna y estaba enterrada hasta la rodilla en la arena, con la concusión de la explosión la muralla de arena seca del costado se nos había derrumbado. Tiré de mi pierna rápidamente y me preparé para atacar la próxima granada.

Ya las otras descargas fueron más predictables y hasta me acostumbré al humo azul y el fuerte olor a amoníaco.

¡Qué día aquél!! ¡Me sentía un verdadero artillero!! Pero no sabía lo que me deparaba el próximo día.

Baterías de Defensa de Costa

En las baterías de defensa de costa de aquel tiempo, todo se preparaba para detectar sigilosamente a un buque enemigo. Con el uso de radar y telémetros desde una C.I.C. subterránea se determinaba el rumbo y velocidad del blanco cada cinco segundos. O sea, teóricamente, en quince segundos de rastreo ya teníamos "datos correctos" para dispararle.

Disparábamos a unas cinco a diez millas de distancia de la costa. Eso eran varios segundos de vuelo de la granada. Desde la C.I.C. los datos de tiro se calculaban, corregían y transmitían a los apuntadores de los dos cañones continuamente, los ángulos de

apuntar (“palo de proa línea de agua”) y todos los demás datos de ajuste a las condiciones de tiro (vientos laterales, densidad del aire, temperaturas, etc.)

Se disparaba inicialmente una salva y se observaba (espotear). Si las descargas caían las dos muy largas o muy cortas, se corregía la puntería por una distancia predeterminada llamada “horquilla”, si caían una larga y otra corta, se tenía el blanco horquillado y entonces el Jefe de Batería ordenaba: ¡Batería fuego de efecto!! A esa orden los sirvientes de los dos cañones dispararían tan rápido como pudieran, pues la estrategia era que los cañones nuestros en tierra eran más exactos por estar en base firme, pero estaban fijos, y una vez que el buque hostil nos detectara iban a llovernos sus descargas hasta destruirnos.

Los cañones de los buques eran más rápidos, pero más inexactos por su base movible. Se trataba pues del factor sorpresa y lanzarle al enemigo el máximo de granadas antes de que él nos alcanzara a destruir a nosotros.

Ahora, sabíamos que con dos o más impactos nuestros, el enemigo quedaría destruido fuera de combate. Así que la idea era, una vez horquillado el blanco, dispararle lo más rápido posible de forma que nuestras granadas le dieran antes que las de ellos nos alcanzaran a nosotros. Por ello entre ambas dotaciones, de los dos cañones, había una fiera competencia: quién de los dos cañones podía disparar más rápido. De ahí que nos tenían todo un mes practicando hasta que lo hacíamos en menos de cinco segundos. Cuando hacíamos una práctica y disparábamos simuladamente un número de granadas, tras la última salva nos quedábamos unos instantes en silencio para escuchar al otro cañón. ¡Qué alegría cuando escuchábamos al otro cañón todavía disparando! ¡Habíamos ganado! Para ello la entera dotación de ocho sirvientes no tenía que hacer ningún error.

El Tiro Final

El gran día del Tiro Final llegó. Cada cañón dispararía ocho granadas. Llegaron las autoridades, visitas, periodistas y todo el

resto de la oficialidad del Regimiento. ¡Qué nervios! ¡Sería nuestra prueba de fuego!

Apareció el blanco remolcado y comenzó el ejercicio. Todo empezó bien, pero de pronto el blanco parece que se acercó mucho a la costa y el cañón al seguirlo bajó su ánima elevando exageradamente su culata, esto hizo extremadamente difícil la labor de los amunicionadores. Entre el humo, los vapores de amoníaco y el fragor del ejercicio, estos muchachos no podían alzar y enganchar la cuna o bandeja con la granada en el cañón, preciosos instantes se perdían, sin pensarlo dos veces acerqué mi rostro a mi cargador y levemente pude ver cómo la bandeja pasaba frente al agujero del ánima y con todas mis fuerzas cargué haciendo saltar la granada desde su cuna al ánima gritando ¡A - taque!! La granada se cargó y el ejercicio continuó. Vino el bip y disparamos. Habíamos recuperado el tiempo perdido y eso no pasó desapercibido al suboficial observador allá atrás y que estaba muy alerta a cada maniobra. Más tarde su informe oficial fue crucial para que se me otorgara el "Premio de Artillería", el galardón más alto y apreciado en mi vida. Todavía guardo esa condecoración.

Casi no me di cuenta cuando se terminaron las granadas, tan excitados estábamos. Yo estaba exhausto, pero inmensamente feliz. Me sentía realizado.

Terminado el tiro, vinieron los almirantes hasta nuestros puestos y comenzaron a hacernos las preguntas pertinentes:

-Si un sirviente muere ¿usted qué hace?

-Si son atacados por soldados enemigos, cuerpo a cuerpo, ¿ustedes qué hacen?

-Si usted es el último sobreviviente del cañón, ¿qué hace? Estábamos muy bien preparados y todo salió perfecto. Luego las autoridades se fueron al Casino de Oficiales a un ágape y a nosotros nos esperaban unas camionetas cargadas de empanadas calientitas y cervezas heladitas. ¡Qué delicia!

Una vez terminado nuestro ejercicio, nos duchamos, cambiamos nuestra tenida caqui por la de parada y nos presentamos en el Casino de Oficiales. Ahí y por primera vez, nuestros oficiales instructores nos trataron como oficiales. Nos habíamos ganado el tallarín de 7 mm. (Pero de ese curso egresaríamos como suboficiales solamente).

Días después nos dieron la orden de embarcar. En el más puro estilo naval, primero nos tiraron unos cois negros de inmundos, si parece que habían limpiado varias calderas con ellos, nos pasaron un balde, una barra de jabón y una escobilla de lavar a cada uno y esa tarde, a pata pelada sobre la cancha de basketball, rasca que rasca sobre la losa de la cancha hasta blanquear esos cois. Una vez secos, un artillero especialista en “cabullería” nos pasó material y nos enseñó a “embolinar” nuestro coi (atarle todas esas piolas a ambos extremos y éstas unir las al chicote de cada extremo con que se cuelga el coi) y a “trincar el coi” (hacer esa salchicha típica que en un naufragio sirve de salvavidas) y usar las “batallolas” de a bordo (unos enrejados metálicos en cada puente donde se almacenan los cois). También fuimos a la cocina y nos conseguimos unas tablitas de cajón con las que nos hicimos nuestros sendos “tangones” que hace toda la diferencia de comodidad en el uso del coi. (Los tangones mantienen los cabezales del coi abiertos creando la forma de cuna). Recibimos las colchonetas y una minúscula almohadita y ... ¡estábamos listos para embarcar! Pocos días después trincamos todo y nos embarcamos encaramándonos en unos camiones verdes militares ya cargados hasta los bordes con equipo. Nos llevaron al puerto de Valparaíso y nos embarcamos en la Fragata Covadonga. Nunca más volvimos a la Escuela de Defensa de Costa de Las Salinas.

El zarpe

Zarpamos rumbo a las Islas de Juan Fernández. ¡Qué emocionante mientras al morir el día se pisa una cubierta balanceándose sobre las olas, las miles de luciérnagas de luces de los cerros de Valparaíso perdiéndose en la bruma del horizonte. El aire impregnado a diesel, humo, brea y aceite. El entero buque estremeciéndose al potente

latido de sus gigantescos cilindros de vapor. ¿Coraceros? ¿Caballos? ¿Caballerizas? ¡Bah!! ¡Esto sí que es vivir!

El tiempo estaba amenazante, soplaba un fuerte surazo. Navegábamos con mar cruzada, esto hacía que nuestra fragata larga y delgada como un lápiz, ya entrada en años (teníamos tres fragatas hermanas, habían sido compradas al Canadá y eran veteranas de la Segunda Guerra Mundial. En su castillo todavía podía verse un radiador de vapor detrás de cada puesto de combate para proteger al soldado del crudo frío del Atlántico Norte) hiciera que se “escorara” permanentemente hacia estribor. ¡Yo miraba con asombro cómo una pesada aguja de bronce en la crujía a veces se salía de su escala! Las olas barrían toda su baja cubierta de popa. No nos estaba permitido salir a cubierta. Un buen número de mis compañeros se marearon y envueltos en sus pesados capotes andaban tirados por ahí como sacos de papas. Se suponía que tendríamos clases a bordo, pero por suerte nos dejaron tranquilos envueltos en nuestros capotes y tomando café.

El pequeño buque estaba repleto, además de la tripulación normal, llevaba un gran número de Aspirantes a Oficiales de Marina. Ellos “apegaban” a todas las faenas de abordaje: en la sala de máquinas, puente y otras dependencias. Nosotros los infantes de marina teníamos que “colgar cois” en el mismo estrecho entrepuente en que vivíamos. Esto era justo frente a una doble puerta de acceso a la Sala de Máquinas de modo que en las noches, nuestros cois llenaban el pasillo y a cada rato alguien entraba o salía de la sala de máquinas y al hacerlo, abría la puerta y sonaba una estridente campana eléctrica que no paraba hasta que se cerraba la escotilla, era para asegurarse de mantener la presión positiva a los quemadores de la caldera. Pero quién iba a poder dormir con todo ese barullo, además el marinero salía encorvado caminando bajo nuestros cois, pero topaba con su espalda en el fondo de nuestro coi. De este modo a cada rato se sentía el timbrazo y luego el ¡bump! del managua que pasaba. El calor de las calderas mantenía las planchas del piso tan calientes, que no se podía pisar a pie pelado, pero por ahí teníamos que correr a las duchas. El agua estaba racionada y teníamos sólo unos pocos minutos de ducha así que los 25 aspirantes estábamos apilados y desnudos en esa estrecha ducha jabonándose a un

costado del pelotón. El agua o salía fría o salía hirviendo como para pelar pollos, así que con la mano aleteábamos “a lo pajarito” hasta sacarnos el jabón.

El rancho también escaseaba, por suerte habían varios mareados que no comían, de modo que los que no nos mareábamos andábamos con hambre todo el día, consumíamos sus raciones y todavía sobraba. Nos servían rutinamente unas ensaladas de lechuga picada muy finita con carne molida cocinada.

Uno de los aspirantes navales había logrado remover los pasadores de las bisagras de la pesada puerta a la cámara frigorífica que estaba con candado. Y de ahí sacaba zanahorias crudas que me convidaba y así andábamos rumiando las zanahorias como conejos para paliar el apetito.

Me tocó de semanero y dos veces al día tenía que ir, con una bolsa verde naval, a retirar nuestra ración de pan, unas hallullas. Tenía que botar las anteriores. Así que me iba a popa y noté que nos seguían varias aves marinas, estaba solo, o así creía yo, y me puse a tirarles las hallullas como “frizzbies” volando como platillos por los aires hasta que escuché un fuerte silbido detrás mío, me di vuelta y vi a un oficial muy indignado que me hacía señas que no lo hiciera.

Me hice amigo de algunos aspirantes navales, me contaron lo que habían hecho, que habían estado en Arica y de las labores que hacían a bordo. Casi todos eran estudiantes universitarios de mecánica y con mucho agrado me mostraron toda la sala de máquinas y su operación en gran detalle. Pude ver los tres enormes cilindros de vapor que propulsaban la nave: el más chico era el de alta presión, otro mediano y el último inmenso de baja presión. Sus gigantescas bien lubricadas bielas danzaban su ritmo, de pronto el casco se estremecía, era que con la fuerte marejada las hélices quedaban brevemente en el aire cuando la fragata encabuzaba. Los espacios alrededor de las calderas eran estrechísimos y repletos de cañerías, instrumentos y válvulas, al ver esto yo me preguntaba si en

un combate real el buque es atacado y herido de muerte, cómo estas pobres almas sirviendo ahí podrían salir con vida. Imposible.

Debido al mal tiempo, al prolongado encierro y a las condiciones difíciles, los ánimos entre mis compañeros se avinagraron y por ahí, por poca cosa, hubo una riña a puñetes: uno de los primos Pinedo estaba de ranchero y tenía que servir café, estábamos apretujados en una cámara estrecha sentados como podíamos en bancas, la mañana estaba oscura y fría y el buque navegando con mar gruesa se “bandeaba” notoriamente. Yo vi que Pinedo, de muy malas ganas, acarreaba una pesada cafetera metálica (no sé qué llevaba en la otra mano, pero recuerdo que tenía ambas manos ocupadas) y entonces con dificultad se movía por el grupo, todos presentábamos el jarro de nuestras cantimploras. Mientras Pinedo vertía el café en un jarro, miraba al del lado y le preguntaba, error fatal, pues le tocó verter el café a Iván, uno de los tres grandotes del grupo con que siempre discutían, Iván sentado piernas abiertas sostenía el jarro, el chorro de café hirviendo caía, pero con el movimiento del buque el chorro se desplazaba e Iván trataba de mantenerlo en el jarro, pero vino un bandazo del buque y el chorro se salió del jarro y casi quemó las piernas de Iván que saltó a un lado y levantó la vista indignado. Pinedo por estar mirando al lado, no se percató inmediatamente del incidente. Iván como una pantera se irguió y le propinó una tremenda bofetada a Pinedo, éste se fue hacia atrás, aún sujetando sus vasijas y se apoyó con la espalda en el mamparo, puso sus tiestos en el piso y se trenzaron a puñetes. Vino una trifulca en que todos tratamos de separarlos y de improviso apareció nuestro Sargento 1º quien paró la pelea, restableció el orden y les increpó diciendo: Otra vez los tontos más grandes dando un mal ejemplo. Ellos quisieron argumentar y él los calló enérgicamente y agregó:
-Se vive una situación de combate y aquí no se permite esto. Esto es muy grave. Y les preguntó:
-¿Cómo vamos a arreglar esto? A lo Marina de Chile y los paso a justicia o a lo hombrecito?
-¡A lo hombre! le contestaron.

-Muy bien ... los miró a la cara y de repente como un relámpago ¡trash!! ¡trash!! les corrió fuertes y sonoros cachuchazos a ambos y ahí terminó el asunto. No hubo más disturbios durante el viaje.

Para nuestras necesidades teníamos asignado un solo W.C., este estaba sobre cubierta, todo mojado y mohoso. Cuando uno estaba ahí sentado haciendo equilibrios, aferrado a una manija, con las piernas abiertas pisando una moldura lateral para no pisar en el agua, por las ranuras de ventilación de la puerta entraba un tremendo chiflón de aire frío y se podía ver el agua de mar que lamía la cubierta. ¡Que las barras de subteniente, a mi juicio, son las más duras de ganar!!

Desembarco I.M. en Islas Juan Fernández

Por fin arribamos a Juan Fernández. Ahora el tiempo estaba calmo y el agua era extremadamente azul como jamás había visto antes. No me convencía de estar viendo ese espectáculo tan hermoso.

Rápidamente lanzaron mallas de jarcias sobre la borda, echaron chalupas al agua y nos hicieron equiparnos con todo el equipo de guerra para un desembarco de Infantería de Marina. Casco, mochila, polainas, cuchillo, arneses, etc. Yo cargaba un fusil ametralladora, tipo M-1 creo que lo llamaban. Tenía esas distintivas dos patitas en "V" adelante. El problema de ese bendito fusil era que no estaba hecho para cargarlo al hombro, pues tenía toda clase de tetones y palancas que se le enterraban a uno en la espalda y cómo pesaba ese bruto. El cinturón lleno de cargadores. Me deslicé sobre la borda y vi abajo la chalupa que subía y bajaba como dos metros con cada ola. Otros aspirantes con fusiles Garant saltaban a la chalupa, y caían como saco de papas, yo descendí y me colgué con las piernas abiertas esperando hasta que la chalupa subiera al máximo y entonces salté. Caí igual como saco de papas, pero ni me quebré nada ni perdí el fusil. Nos desembarcamos en un muelle. Estábamos en la Bahía de Cumberland. El agua otra vez era tan clara que daba vértigo mirar el fondo de arenas blancas. Rápidamente nos desplazamos hacia las montañas, hacia el Cerro El Yunque. Una espesa vegetación de helechos gigantes nos cubrió completamente,

el suelo era una esponja de materias vegetales en descomposición, al pisarla aflucía agua color té. A ratos llovía tibio y a ratos quemaba el sol de modo que yo veía el vapor fluir de los lomos de mis compañeros. Un clima totalmente tropical.

Por ahí bebimos de un manantial turbio y esa agua tenía el mismo sabor a agua de mote. La tierra arcillosa estaba llena de poros, evidencia de su origen volcánico. Me guardé una muestra de esa tierra.

Vimos unas higueras gigantescas, sus enormes troncos reptaban como anacondas por el suelo y luego se elevaban en copas, nosotros caminábamos sobre esos troncos. A ratos veíamos cielo azul allá arriba. Nos hicieron disparar intermitentemente, pude ver la tremenda fuerza de reacción del M-1. En demostraciones en la Escuela, el instructor de una sola ráfaga había demolido una pared de ladrillos.

Llegamos a un alto completamente exhaustos. Ahí descansamos. Al más lerdo del pelotón, lo habían castigado haciéndolo llevar una sandía que él acarreó en un costal de harina y fue reclamando todo el camino. Ahí el sargento finalmente partió la sandía en diminutos trocitos que repartió a cada uno. La comimos con fruición. ¡Qué delicia!

Luego nos volvimos a Cumberland, llegamos como a las 5 PM y nos dejaron franco. Pero los aspirantes navales habían bajado a tierra muy temprano, habían turisqueado por todos los rincones y habían truequeado todo lo que encontraron por latas de conserva, jabón de cara y pasta de dientes. Los isleños no se interesaban por dinero, no les servía de mucho ahí.

Yo me había preocupado de cargar mi pequeña cámara de cajón para la magna ocasión y compré varios rollos de película, pero con el apuro y los nervios, dejé todos los rollos de película abordo. De modo que sólo pude tomar unas pocas fotos en blanco y negro con la película que aún me quedaba en la cámara. ¡Si no seré estúpido! Nos llevaron a visitar los lugares más prominentes de la Isla, la

cueva de los patriotas, la cueva de Robinson Crusoe, la oscura mancha del Dresden en el fondo de la bahía, una comisaría con dos carabineros (su única celda estaba transformada en taller de zapatero remendón, pues no se usaba en años) una estación de radio, etc. etc.

Yo estaba todo contrariado, había olvidado los rollos de película abordo, no logré ni una sola langosta, ni un trozo de chonta (hoy extinta) ¡nada! ¡Qué rabia!

Esa noche nos aprestábamos a zarpar, cuando atracó una embarcación isleña, ¡traía varios sacos llenos de langostas! Obsequio para el comandante, dijeron. Esa noche el cocinero de a bordo hirvió todas esas langostas y les cortó las patas y antenas y nos las regaló a nosotros para que probáramos siquiera. Lindo gesto del mestrecuqui.

Ahora íbamos rumbo a Talcachute como llamaban a Talcahuano los “managuás” (se debía a los malos olores industriales por las muchas plantas conserveras de mariscos y harina de pescado que esa bahía tenía), el tiempo estaba mejor, parecía noche de verano. La oficialidad de abordo proyectó algunas películas para ellos en su cámara y nosotros como pudimos nos escabullíamos para atisbar algo.

Práctica de Tiro Naval

Al otro día, todavía en alta mar y con cielos cubiertos, despertamos con descargas del cañón de proa de 4 pulgadas de la fragata. Habían lanzado un blanco hechizo al agua y los aspirantes navales trataron de hundirlo. Nosotros, los verdaderos artilleros de 155 mm., sonreíamos del espectáculo. Que yo sepa todavía debe andar ese blanco a la deriva por ahí.

Maniobra de Hombre al Agua

Para que no nos sintiéramos tan “cockys” (presumidos), los oficiales también prepararon un muñeco de trapo y lo tiraron sobre la borda para practicar con nosotros “Hombre al Agua”. Acto seguido la fragata se ronzó sobre si misma, la conocida “maniobra espejo” y

lanzaron dos chalupas al agua y nos ordenaron ir a rescatar al hombre. El problema era que las chalupas estaban tan resacas que se podía ver la luz a través de su entablado. Los enjaretados flotaban adentro en desorden. Cuando alguien les gritó de este problema a los oficiales, ellos muertos de la risa asomados a la borda contestaron: “¡Esa es otra razón para que se apuren en hacerlo, ja ja!” Ahí salimos unos bogando otros achicando agua con un tarro en pleno mar abierto. Pronto nos organizamos y todo comenzó a tomar un ritmo y cumplimos la maniobra sin más problemas, pero quedamos bien amostazados.

Recalada en Talcachuano

Hicimos recalada en Talcahuano, no creo que haya sido más extensa que una semana, pero muy intensa y apretada en diversos eventos. Nos arranchamos en la Cámara de Suboficiales del Regimiento Sargento Aldea. Los veteranos suboficiales nos trataban de “chiporros” y se portaron muy paternales con nosotros. Varias veces nos agasajaron con “chirriados” una especie de churrascos muy sabrosos en proletarias marraquetas pero, servidos con un jarrito de café caliente. Hmmm...

Visitas Profesionales

Nos transportaron en varios econolines, unos vans chiquitos, y nos hicieron visitar las enteras dependencias de la Base Naval, el Regimiento Aldea, el Huáscar, anclado muy cercano al Regimiento.

Yo ya había visitado el Huáscar con mi padre antes una vez, pero ahora tenía para mí un sabor muy especial: como “cosaco” me sentía parte de todo esto que llamamos Armada de Chile y miraba estos venerables fierros con cariño y familiaridad. Me hice tomar varias fotos a bordo del Huáscar para retener parte de esa emoción personal.

Nos llevaron a visitar varias baterías de Defensa de Costa del área. Las enteras dependencias de la Isla Quiriquina. Y lo más histórico de todo, subimos a bordo del imponente acorazado “Almirante Latorre” en ese momento a la gira en el medio de la bahía.

Estuvimos toda una gris y garuosa mañana recorriendo todas sus dependencias. Qué increíblemente grande y sólido era. Incluso visitamos la palaciega cámara del Comandante. ¡Qué magnífico buque era ése! Cerca de las 11 AM ya no dábamos más de tanto caminar, subir y bajar cubiertas, nos llevaron a la cubierta principal cerca de las cocinas y aparecieron unos mayordomos con unas bandejas de exquisitas empanaditas de queso calientitas y tazones de café que devoramos de buen gusto. ¡Qué delicia!

Zarpe de retorno a Pancho

Zarpamos de Talcahuano con rumbo a Valparaíso una mañana en que llovía a cántaros y nosotros todos formados en cubierta, en repetido, mientras el agua chorreaba a raudales por nuestros rostros y por el cuello para abajo ¡hasta los mismos talones!

Arribamos a Valparaíso tarde, estaba oscuro y nos llevaron a la Escuela Naval vieja. Ahí pernoctamos. Al otro día se efectuó la memorable Ceremonia de Graduación que comenzó con nuestra presentación de Infantería de Marina (Judo) y culminó con el Juramento a la Bandera en la cancha y más adelante la entrega de premios.

A mi compañero Kovacs le otorgaron el Gran Premio del Curso.

A mí, el Premio de “Artilería”. Grande fue mi sorpresa cuando estando pronto a recibir mi “Premio de Artilería”, veo al mismo oficial que me entregara el fusil dos meses antes, caminar hacia mí sonriente, el corazón me dio un vuelco y algo elogioso me dijo, pero yo embargado de emoción como estaba, no registré sus palabras, acto seguido me prendió la medalla, me pasó el pergamino y me abrazó.

Quiso mi buena estrella que esa fotografía apareciera después en la cubierta del diario La Unión de Valparaíso y en la prestigiosa Revista Zig-Zag de entonces.

Mi padre que trabajaba en transportes entonces y recorría regularmente el territorio desde Arica hasta Temuco, tenía cientos de amigos a todo lo largo de sus rutas. Como los dos teníamos el mismo nombre: Ignacio Acuña, sus amigos en todo Chile le decían: “Oye Ignacio, vi una foto de un marino premiado con tu nombre. ¿Es ese tu cabro?” “¡Por supuesto!” respondía con todo orgullo mi padre. “¿Qué te crees?” Mi viejo hinchado de satisfacción me regaló un reloj pulsera, una lapicera Parker y otras varias cosas de valor. Después de todo, había obtenido la 2ª antigüedad entre 25 aspirantes de primera clase. No era tan poca cosa.

Todos estos hechos dejaron ciertamente una marca indeleble en mi mente y en mi corazón y por ello me han acompañado el resto de mi vida. A 52 años de distancia pueda que haya olvidado algunos detalles, es humano, pero puedo asegurar que todo lo que recuento aquí es verídico y así sucedió. Al repetirlos aquí, sólo quiero mostrarles a las nuevas generaciones de estudiantes, tan reacios a cumplir con su deber ciudadano y todo lo que diga relación con deber, honor y patria, lo que se están perdiendo. A mi juicio ellos son los mayores perdedores.

Ignacio Acuña Pantoja

Teniente 2º I.M. de Reserva - 1956

2º Comandante de la Base Naval Antártica Arturo Prat – 1966

Armada de Chile